

L A C O C H E R A

A los ocho o diez meses de no ir por la estación, me encuentro con que ha desaparecido la cochera y que ni de ella ni de la placa han quedado ni señales. Me quedé perplejo. Por primera vez en la vida dejó de tropezarla mi vista como dependencia principal e inmutable de la estación y como caldera de vapor que movía el tren, porque allí se cocía todo.

Claro que estaba muy vieja y servía para poco, pero era tan apañada y tan representativa de nuestra estación que se siente pena al no encontrarla en su lugar y se la evoca como fue, no como estaba ultimamente, medio desmantelada, herrumbrosa y sin movimiento, sino cuando era un hervidero y los ruidos de todo orden ensordecían al andar por sus departamentos. Era lo mas negro pero lo mas brillante de la estación y lo mas característico, lo mas típico de la brega ferrocarrilera, donde se percataba uno del fragor del esfuerzo y del sacrificio de los hombres para sacar adelante una obra y una función.

Todo ello va ligado a mi infancia y se continua a lo largo de la vida como chico del paseo y vecino del barrio y la imagen de aquellos hombres, pausados, sufridos, serios, esforzados y silenciosos que poblaron la cochera no se borra de mi imaginación, pues no solo los conocí, sino que fui amigo de sus hijos que quedaron vinculados de por vida a la estación y formaron un plantel de fogoneros que se disputaban a porfía para abrillantar las máquinas que llamaban suyas y realzaban la cochera como alhajas bruñidas mas que como herramientas de trabajo. Hasta en la manera de ir aquellos maquinistas a la estación a tomar el servicio con cestas negras de asas largas colgando de la mano, se notaba la importancia que daban a su misión, el respeto que imponía su presencia y lo influidos que estaban por el oficio que les caracterizaba como treneros a cien leguas, por su facha, por su indumentaria, por sus andares y hasta por el bigote que crecía de su monte, poco atusado, para no llenarlo mucho de tizne: el tío Berbés, Pílez, el tío Valle, Correillas, Brunner, Vicente de Miguel, Chapas, Vicente Carabaño y Fructuoso el de la Rica, fueron, entre otros, ejemplo de treneros característicos que estov seguro se entristecerían si vieran desaparecida la cochera que los albergó toda su vida, aprovechando bajo su protección los descansos para preparar sus máquinas y tenerlas a punto de marcha.

Qué trajín tenía la estación entonces y que vida todos sus departamentos que se extendía a todo el barrio como si formara parte de ella y en aquel bullir del paseo que parecía un hormiguero, destacaba siempre el ir y venir sosegado de los maquinistas, como de sobrarles tiempo y ser hombres de peso y de asiento, como los citados antes cuyos retoños han hecho andar el tren en lo que va de siglo con una competencia y una buena voluntad imponderables, sacrificándose sin medida.

A todos los he conocido, con todos he convivido, a todos los he oído referir sus fatigas y penalidades sobre las máquinas de vapor, tanto en